

la buena cena, la buena cama, y las lindas pesetas blancas en el bolsillo.

¡Viva la filosofía! M. Gosse era un filósofo.

— Con que queda bien entendido, repetía por la décima vez madama Gosse, que sin duda no creía sino medianamente en la inteligencia del « lobo querido », — ¿si preguntan por mí?...

— Responderé que estás en la campiña...

— ¿Con...?

— Con nuestra sobrina Ursula.

— ¿Comprendes bien? — Hemos ido á Nanterre á visitar á una parienta enferma... ¿y volveremos...?

— Dentro de ocho ó quince días, continuó M. Gosse, repitiendo su lección.

— Eso es; y de tiempo en tiempo, cada dos ó tres días, darás noticias nuestras, con aire indiferente, como si acabases de recibir una carta.

— Sí, repuso M. Gosse.

— No sé si las recibirás, á la verdad, y si podré escribirte, pero no estés inquieto por eso.

M. Gosse castañeteó con sus dedos al aire, como para decir:

— Me es indiferente.

— No nos sucederá nada, ni á Ursula ni á mí, te lo prometo, continuó madama Gosse, empujando marcialmente su vaso.

El « lobo querido » se equivocó al ver este gesto y chocó su vaso de agua azucarada con el vaso de *grog*.

— ¡A vuestra salud, bebella adorada!

— ¡Qué amor de hombre! exclamó madama Gosse con entusiasmo. Es bestia como un troncho de berza y fiel como un conejo. Es justamente el marido que me hacía falta. Pero, despachemos, que la hora se adelanta.

Se levantó, pagó su cuenta, se aseguró de que nada faltaba en su capacho, colocó bien su escocesa caída de sus espaldas y salió á la acera.

El coche esperaba siempre en frente, y dirigiéndose con paso resuelto hacía él:

— ¿No es á mí á quien esperais? preguntó.

El cochero abrió prontamente la portezuela, y madama Gosse hizo un gesto de despedida á M. Gosse y se estableció á sus anchas en el rincón mas oscuro.

Por lo que hace al memorialista, permaneció un instante inmóvil en la acera, como incierto de lo que debía hacer, y volviendo lo mas pronto posible la espalda al coche, se alejó en direccion al puente Nuevo.

— ¡Ya puedes marcharte donde quieras! refunfuñaba este fiel esposo; me burlo bien de todo eso. Tengo dinero y voy á divertirme como en carnestolendas.

Y asegurándose de que ya no era visto, inclinó como un calavera, de una manotada, su sombrero sobre la oreja, se arregló el cuello de la camisa como un petímetro, hizo dar algunas vueltas á su bastón, y, alargando sus labios, comenzó á chiflotear esta canción:

¡La faridondaina,
La faridondon!

— El agua azucarada me sienta mal en el estómago, pero yo conozco un paraje donde la cerveza es buena.

Hizo castañetear dos ó tres veces su lengua contra su paladar.

— ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ella se imagina que su marcha me causa pena. Ya puedes irte donde quieras, vieja, anda. — ¡Viva la libertad!...

Hizo, á fe mia, saltar dos ó tres veces su sombrero, y ensayó un paso de rigodon en la acera enfrente de la estatua de Enrique IV.

Madama Gosse no hubiera conocido el lobo querido, — ¡tan monstruos son los hombres!...

Durante este tiempo, la buena mujer se arreglaba lo mejor que podía en el rincón del coche, y, con lágrimas en los ojos, soñaba en la tristeza de su pobre Gosse á quien dejaba enteramente solo, lejos de su « bella adorada. »

— ¿Cómo va á arreglarse sin mí? suspiraba; ¡pobre lobo querido!

Los tres cuartos para las once sonaban en el reló de San Eustaquio.

VI

¡POBRE MISTIGRIS!

Volvamos á la bohardilla de la Pippione.

La escena ha cambiado de aspecto completamente.

Ursula, blandamente aplomada en su silla, con la frente apoyada en sus dos brazos doblados sobre la mesa, está durmiendo con un sueño pesado y penoso.

La lámpara se ha carbonizado por falta de cuidado, y ya no arroja, sobre los objetos que hace vacilar su trémula luz, sino un resplandor rojo y sombrío.

La Pippione también se ha adormecido, y solo, acurrucado al pié de la cama, Mistigris, el gato negro, vela en la oscuridad y el silencio.

La lámpara arroja de pronto una postrera llamarada como si una puerta abierta de pronto activara la corriente del aire, y luego se extinguió, llenando la atmósfera de una humareda acre.

Mistigris, como impelido por un resorte, se ha enderezado sobre sus cuatro patas, y no se ve ya en la oscuridad sino sus ojos amarillos que brillan como carbones encendidos.

Un ruido sordo, ahogado, casi imperceptible, resuena en la bohardilla. Diríase el de un paso precavido, un paso de ladrón ó de asesino.

Una silla empujada resbala rechinando sobre el piso, y despues nada mas.

La Pippione se ha despertado, é incorporándose en la cama, con los ojos dilatados, procura ver en la oscuridad opaca, y permanece inmóvil y abierta la boca de terror.

Tiene miedo.

¿Quién viene pues á esta hora de la noche á este cuarto y con tantas precauciones? ¿dónde está Ursula? ¿por qué se ha apagado la luz?

Vuelve á comenzar el ruido. Una mano tendida hácia delante roza los objetos. En este instante toca la estufa, ahora la mesa.

Otro silencio.

En su sueño, Ursula exhala un largo, un desgarrador suspiro.

No pudiendo ya disimular su terror, con voz débil y vacilante la Pippione pregunta:

— ¿Quién está ahí?

Nadie responde.

— ¿Quién está ahí? ¿quién está ahí? pregunta de nuevo la Pippione, y su miedo se cambia en locura. Le parece ver ya levantado el puñal sobre ella, y, levantándose enteramente, grita con plena voz:

— ¡Socorro! ¡socorro!

Entonces, en la oscuridad, siente una mano brutal anudarse en derredor de su cuello, penetrar en sus carnes, hacer hinchar sus venas. Un soplo caliente le pasa por la cara, y muy arrimada á su oído una voz ronca, aunque baja, murmura con sorda rabia:

— ¿Callarás, hija del diablo?

Es la voz del señor Chinela, del terrible *padrone*.

La pobre niña se debate bajo la horrorosa presión. Pide cada vez mas débilmente « ¡Socorro! ¡socorro! » Pero, de repente, Chinela á su vez exhala una terrible interjección de espanto, de rabia y de dolor combinados; sus manos se separan del cuello de la Pippione, y esta, cayendo sobre las almohadas, se desmaya.

Mistigris ha saltado al socorro de la niña: sólidamente encorvado sobre los hombros de Chinela, le destroza la cara y las espaldas con sus largas garras y le muere la nuca con sus dientes agudos.

El otro se debatí, procura en vano agarrar á su enemigo inatacable, y, derribando los muebles, tropezando en las paredes, cegado por la sangre que le brota de la cara, da vueltas en la estrecha bohardilla como un animal salvaje.

En fin, exhala un grito de triunfo: ha podido asir al animal por el lomo, le arranca carne, piel y todo de sus espaldas, le tiene en el aire, y, furioso, le arroja contra el pavimento del cuarto.

Luego, como el gato, con los riñones destrozados, maulla lamentablemente, y es menester evitar el ruido, ébrio de dolor y de rabia, Chinela levanta el pié y le aplasta la cabeza bajo su talón.

Ya es tiempo; los tres cuartos para las doce suenan en el reló de San Eustaquio. Ningun obstáculo se opone ya á que Chinela lleve á buen fin la empresa que el miserable animal por poco hace abortar.

Enjuga su rostro sangriento con el primer trapo que encuentra, y tomando á Ursula en sus brazos, se pone en disposición de bajar la escalera.

No obstante; aunque oscura, la bohardilla que ocupa el

otro lado de la meseta no está inhabitada. Contra la puerta entreabierta, un hombre permanece en pié.

En cuanto Chinela ha descendido algunos escalones, esta puerta se abre de par en par, una cabeza se asoma curiosamente por encima de la balastrada de la escalera, y dos ojos ardientes interrogan á las tinieblas.

— ¡Es realmente él! se dijo el espía.

Pero, á pesar de esta seguridad, continúa escuchando con tal atención, que no pierde ninguno de los vagos rumores de la casa muda.

Chinela marcha con los piés descalzos, y sin embargo el otro oye el ruido ahogado de sus pasos: diríase que cuenta las gradas á medida que Chinela las va bajando.

Diez largos minutos trascurren así, pues Chinela, cargado con la jóven dormida, va lentamente para evitar un choque ó cualquiera otro ruido que le denunciara.

En fin, el espía se vuelve á enderezar.

— Ya está en el corredor, se dice, es tiempo.

Vuelve á su bohardilla: en el espacio de un milésimo de segundo, una bugia encendida, pasa vivamente por delante de la estrecha abertura de la buharda y se apaga.

Y, encaramado sobre la mesa dispuesta de antemano con este objeto, la mitad del cuerpo sobre el tejado, inclinado hácia la calle de un modo capaz de dar el vértigo, el jóven mira.

Los mil ruidos confusos é indistintos de la calle, ruidos formados por la conversacion de los que pasan, por el de los que marchan apresuradamente por las aceras, por el que producen las ruedas de los coches y carros, llegan á sus oídos.

Pero en medio de toda esa mezcla y confusion de sonidos, él no escucha ni presta su atención mas que á uno solo, y para poder oír mejor el ruido que él escucha, hasta detiene su respiracion.

En fin, una sonrisa viene á cambiar su fisonomía: óyese abrir la puerta de la calle, y en seguida vuelve á cerrarse esta puerta; ha reconocido el sonido del pestillo movido por la llave; despues oye, en direccion perpendicular debajo de él, el ruido de un carruaje que viene por la calle y que se para: la portezuela de este carruaje se cierra con violencia y el coche vuelve á echar á andar.

El observador se inclina mas y mas para poder ver mejor, y, si una de las manos no se hubiese asido fuertemente al canelón de plomo del tejado, habria ido á caer sin remedio á la calle; pero, advertido instintivamente del peligro que corria, hace un movimiento brusco hácia atrás y se retira de su peligroso observatorio.

Sin duda ya habia visto lo bastante. Acababa de ver un coche que daba la vuelta, al gran trote, la esquina de la calle por el lado de los Mercados y se dirigia hácia los muelles.

Madama Gosse, mientras tanto, se habia dormido en el fondo del cabriolé.

En esto dan las doce, la hora precisa indicada al cochero, que sabe bien que debe subir al coche otra persona en aquella hora, una jóven enferma, segun le han di-

cho; pero tambien tiene la consigna de echar á andar á las doce, y la jóven enferma no ha venido.

Apeándose entonces del pescante, se acerca al café en busca del patron que le ha alquilado y pagado adelantado; pero M. Gigant, al ver que todo estaba en regla, se habia marchado y no estaba en el café.

— ¡Bah! se dijo el cochero, habrán quizás cambiado de parecer; en todo caso, me voy á conducir á la señora vieja.

Y, sacudiendo á su caballo un vigoroso latigazo, se echó á andar á buen paso hácia la calle de Montmartre.

Son cerca de las doce y cuarto, y madama Gosse ronca de lo lindo en el fondo del coche y sueña que su « lobo querido », el buen Gosse, se arroja á sus piés para rogarle que no se marche.

Y era el caso que, en aquel mismo momento, el buen « lobo querido » se estaba regalando lo mejor que podia en una cervecería que le era particularmente conocida, y con su sombrero echado sobre la oreja á lo calavera:

— ¡Al diablo con el agua azucarada! exclamaba. ¡Viva la espuma!

En el rincón mas oscuro del cuarto bajo ó sótano del café de los Bandidos, y en la misma mesa en que hace algunas horas hemos visto sentado en compañía de Jacquemin y de M. Gigant al señor Chinela, se halla ahora este pobre diablo, pero solo.

¡Oh! si uno de esos curiosos que solian venir de vez en cuando á este café, cuya reputacion siniestra le daba una importancia tan poco merecida, solo con el objeto de encontrar en él algunos de esos tipos raros; si hubiese venido aquella noche, al ver á Chinela habria creido verdaderamente tener en frente de sí á alguno de los héroes de esos dramas tenebrosos cuyo desenlace y fin hallamos todos los dias en la *Gaceta de los Tribunales*.

Pálido como la muerte, dominado por el terror, Chinela se enjugaba su rostro con el revés de la mano, y vaciaba sin interrupcion, copa á copa y trago sobre trago, el frasco de aguardiente que tenia delante.

Todavía resonaba en sus oídos el chillido salvaje, el grito casi humano que habia dado Mistigris cuando lo arrojó contra el suelo y le aplastó con su zapato.

Todavía oia la voz ahogada de la Pippione que gritaba ¡Socorro! ¡socorro!

Se acordaba que aquella débil voz se habia extinguido casi de repente, ¿por qué?

A pesar de su embriaguez, Chinela se recordaba que, dominado por una cólera furiosa, habia comprimido un cuello... sofocado unos gritos... ¡Oh! ¿si habria muerto á la Pippione? ¡la habia apretado la garganta con tanta violencia, y la pobre estaba tan débil!...

Pero, para asegurarse de esto y saber á qué atenerse, era preciso volver á subir al cuarto, y el miserable no se atrevia á hacerlo.

VII

¡POBRE PIPPIONE!

En aquella hora, la casa de la calle de Rambuteau está oscura y silenciosa; oscura enteramente, no, porque todavia se distingue una luz en la parte mas alta de la fachada, en una de las ventanas de las bohardillas.

Esta luz alumbraba el reducido tabuco de José, su refugio, su lugar privilegiado, el sitio á donde se retira en sus horas de cansancio y de duda para entregarse á sí mismo y volver á ser durante esas cuantas horas el José de otro tiempo.

En este zaquizamí no hay ni sombra del lujo que se ostenta en su cuarto de la Chaussée-d'Antin: aqui no hay mas que una camita de hierro, un arca larga de madera blanca para guardar los vestidos, y un cinto de cuero, único recuerdo que le queda de Biassou.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, de pié, inmóvil y con los ojos fijos sobre aquel cinto, reflexiona y medita en aquel momento.

¡Ah! José, ahora eres rico, poderoso; pero, ¿cuánto mas feliz no eras antes cuando siendo jóven y pobre no te habias impuesto esa ruda y pesada tarea de trabajar hasta obtener la rehabilitacion del nombre de Rancogne? — Verdaderamente esto es un sueño. ¿No era ayer todavia, cuando, con ese cinto ceñido al rededor de tu cintura, marchabas valerosamente en busca del tesoro? ¿No era ayer cuando, el viejo mendigo, exaltado por la calentura, dominado por el delirio, exclamaba en los momentos de su agonía:

— ¿Me crees, me crees? ¡Rancogne, Rancogne está salvado!

¡Ah! no era ayer, no; bastantes semanas, bastantes meses, bastantes años han trascurrido desde aquel memorable dia, y tú no te hallas, todavia, sino al principio de tu obra.

Después de haber encontrado los millones; después de haber arrancado á Elena de la tumba de su infamia; después de haberte transformado tú mismo, de jóven ignorante y pobre que eras, en un cumplido caballero; después de haber pasado largas noches inclinado sobre los libros para aprender lo que ignorabas; después de haber consumido muchos dias en los ardientes y vigorosos trabajos que exige el desempeño de los múltiples papeles que tienes que representar, ¿qué es lo que has conseguido, pobre José? Tú no amas sino á dos solos seres en el mundo: á Elena y á Cipriana. A Elena, no le has podido devolver su hija, quizás muerta! ¡Ah! y á Cipriana, dudas todavia que se la pueda librar de contraer ese odioso casamiento á que se la destina.

¡Oh! con qué gran voluntad darías tu sangre, tu vida,



El último amigo de la Pippione.

todo; hasta tu honor — ese honor cuyo precio comprende tu espíritu ensanchado é ilustrado — por volver á ver de nuevo iluminado el semblante de Elena con la dulce y encantadora sonrisa de otro tiempo; por que Cipriana, alargando su blanca y linda mano, te dijese:

— ¡Gracias, hermano mio!

Y ¿cuántas otras tareas que cumplir todavia, impuestas por el voto generoso, el voto insensato de la señora de Monte-Cristo!

Salvar á Ursula de las asechanzas de Gigant, volver á hacer entrar á Jacquemin en el buen camino; hacerlos dichosos al uno por el otro y consolar por este medio á Nini Moustache y á madama Jacquemin.

Arrancar á la condesa de Puysaie de su desesperacion.

Devolver á Liliás su posicion en el mundo; libertar á Cipriana, ¿qué se yo? Pensar en la dicha de todos y no reservarse un solo minuto para la suya propia, y siempre,

siempre sacrificarse por los demas, y, ¿quién sabe? tal vez inútilmente. ¡Ah!

¿Por qué hay malvados en el mundo? Esta obra seria tan dulce al alma si, para asegurar la paz y la salvacion del nido, no fuera necesario el aplastar la vibora. — ¡qué de viboras hay que aplastar en el camino!...

¡M. Gigant, el doctor Toinon, el coronel Fritz, Matifay, todos ellos ricos, fuertes, dispuestos á morder, todos condenados á perecer por la inexorable justicia de la señora de Monte-Cristo!

Así estaba pensando tristemente José; pero, de repente, sus ojos errantes se fijan sobre otra reliquia: sobre una rosa, una linda rosa-pompon colocada en el marco del espejo, y, echándose hácia atrás sus cabellos, reanimado y lleno de fuerza de voluntad, exclama:

— ¡Vamos! es preciso, puesto que solamente por la pérdida de estos hombres puede ella salvarse; nada de des-